

El Romance de Rolando

Por EMILIO S. BELAVAL

● Está amaneciendo en Francia cuando enfilamos el Canal de la Mancha. Allá, a lo lejos, la costa francesa horas que dura el viaje de Cherburgo a París, son cinco horas de sondeo profundo de la ciudad francesa.

USC UNIVERSIDAD DEL
SAGRADO CORAZÓN

NOTA

Este documento no está disponible en línea. Puede encontrarlo en la Colección de Emilio S. Belaval en la Sala de Información e Investigación en la Biblioteca Madre María Teresa Guevara de la Universidad del Sagrado Corazón.

La tripulación del barco se divide: unos hacia Liverpool, otros hacia Cherburgo.

La estación ferroviaria de Cherburgo, casi totalmente reconstruida después de la última guerra, es un pintoresco hervidero humano en este mediodía del 13 de junio. Indudablemente la mejor expectación la constituye las distintas delegaciones a la conferencia de Unesco, por esa leyenda fastuosa que arrastra tras de sí el mundo diplomático. Los vendedores

de frutas, de dulces, de champaña, de vinos, de postales, rodean a los viajeros con el extraño canto de un idioma en el cual se puedan dar las gracias en la forma más agradable posible.

—Mesí, mesí.—

—Mesí, madam.—

—Mesí, mon enfant—

Este "Merci, madame; merci, monsieur", es un eco sólo comparable al tintineo de las monedas que van cayendo sobre los platillos de cristal o de bronce. La estación de Cherburgo tiene de todo lo que un viajero pueda desear, desde el cambio de monedas hasta los perfumes franceses; desde el pequeño refrigerio hasta la merienda completa.

se ve tan limpia como si estuviera, para algún fin ornamental, hasta un jardín público.

ARQUITECTURA UNIFORME

La casa de labrantio normanda sigue el mismo patrón secular de nuestra típica casa de campo. Sus dependencias incluyen un pequeño cuarto de máquinas, un amplio granero y una vivienda que, por la altura de los balcones empotrados en la piedra o en la argamasa, se ve que constituyen una especie de entresuelo hozareño. Casi todas las huertas que circundan la casa están protegidas por tapias de piedra o por setos vivos. Un estilo arquitectónico uniforme — techo en dos aguas, pocas ventanas con marco tosco de madera, algún calado ornamental en los balaustres o en la misma piedra del macizo — las une a un paisaje, donde la mies dorada, el

pilón de heno y una gran profusión de pequeñas flores silvestres, parece que intentan reproducir aquellas viejas policromías campestres donde los pintores de una época, intentaron llevar hasta la sensibilidad europea una generosa reproducción de la fatiga del hombre común.